

Psicoanálisis desde Latinoamérica

Fernando Orduz

I. De la unidad a la diversidad.

Cada vez que me nombran Latinoamérica tengo la tendencia a ubicar una imagen unitaria que dé cuenta de un carácter común a toda la diversidad que atraviesa en variados sentidos al espacio geográfico de 20 millones de metros cuadrados.

No sé de dónde proviene ese primer “impulso racional” a pensar Latinoamérica como unidad. No recuerdo haber sido estudioso de la obra de Parménides como para pensar que el ser remita al uno. Posiblemente la idea sobre identidad -noción que termina siendo el nombre que especifica esa idea unitaria en relación a la construcción de un agrupamiento social- corresponda al proceso que se generó en la constitución de las nuevas repúblicas decimonónicas en su lucha por derivar hacia el reconocimiento de una forma de presentarse-nominarse frente a sí mismas, tras la ruptura y alejamiento del dominio colonial ibérico.

Tomo como ejemplo una anécdota, en medio de un recorrido por las diversas asociaciones componentes de la Fepal llamó mi atención la forma de presentación que se hacía al arribar a cada una de ellas. En la mayoría de las sociedades en las que estuve, esa carta de presentación remitía al momento de la fundación, al punto del origen.

Dinámica similar a la manera en que un turista, al llegar a una ciudad e iniciar su recorrido, es ubicado en la plaza mayor donde la ciudad se fundó. Al menos así ocurre en las ciudades creadas bajo la corona española, en todas ellas siempre existirá ese rectángulo amplio denominado plaza mayor en donde se ubican las construcciones que representan el poder de la iglesia y la corona colonial.

Hay una especie de necesidad de contar la historia desde el principio y avalar lo que somos a partir de ese “mito fundante” o “mito de gestación”. Posiblemente porque hay algo de épico en la fundación del psicoanálisis, en ese esfuerzo de lograr que su cuerpo conceptual tome lugar en los espacios de la cultura que lo circundan. Hay algo de “gesta” en esa acción de parir una forma de comprensión del ser humano que, pareciera, continuamente luchar frente a un entorno externo adverso que se opone a su “descubrimiento”.

Generalizo, con todo el riesgo que tiene esa forma de cosmovisión unitaria identitaria. En cada región latinoamericana se rinde culto a los gestores del movimiento y esa gestación se torna en un elemento de comprensión del presente. Hay una necesidad de contar la historia de los pioneros y ver en ellos el espejo de lo que somos, su lucha, su gesta, he ahí la primer forma de esa imagen especular unitaria.

Se crea una especie de linaje con esos gestores-pioneros que lucharon heroicamente por darle una existencia a nuestro oficio presente. Posiblemente por ello en cada espacio institucional la imagen de esos gestores y/o la del fundador original ocupan las paredes a manera de espejos que nos recuerdan de dónde provenimos.

Este hecho puede no ser propio de Latinoamérica, sino propio de la constitución de nuestra identidad psicoanalítica, que encuentra en la gesta de Freud y de su grupo de Viena un bien a preservar y cultivar. Esta última palabra, hacer culto, me lleva a pensar qué tanto en esa afiliación de Latinoamérica como especie de vástago de Europa, nos ha llevado a identificarnos con la estructura de una iglesia patriarcal católica.

Utilizo el referente católico porque si algo ha hecho huella en nosotros, como hijos de España y Portugal, es la matriz de esta iglesia.

Aquí la adjetivación de latino sería correcta, pues los países de lenguas latinizadas fueron los que más se afiliaron a la contrarreforma conservadora del papado romano. Nuestras instituciones guardan una gran similitud con ese agrupamiento cerrado, artificial y altamente diferenciado que le sirvió a Freud de modelo para explicar la psicología de las masas y los fenómenos de la idealización.

Muchas de nuestras organizaciones al constituirse al estilo iglesias, van constituyendo esas imágenes-ídolos que mencionaba en párrafos anteriores y van repitiendo y reiterando dogmas que consolidan la configuración de la identidad unitaria. Muchos territorios fueron tocados por especies de Mesías, Lacan pisa tierra venezolana, Bion deja legado en São Paulo, Meltzer y Miller arribaron una y otra vez en suelos rioplatenses.

Paradójicamente todo acto de generar identidad unitaria genera dispersión en su operación integrativa. A la manera de lo que Freud enunciaba en el doble sentido antitético de las palabras, un sentido se origina a la vez que crea su contrario. Desde ese punto de vista toda identidad genera en su definición una diversidad. La unificación marca límites y estos generan márgenes, tangenciales, excentricidades.

En ese orden de ideas cabe recordar que la nominación de Latinoamérica ha sido muy discutida. Carlos Fuentes en *Valiente Nuevo Mundo*, utilizará la expresión Indo-Afro-Ibero América para señalar esas otras identidades que quedan por fuera de la enunciación que en su latinización incluía otras fuentes europeas más allá de las restringidas a la península. Esos elementos excluidos reclamarán presencia en algún momento.

La identidad unitaria en determinados momentos se vuelve pétreo, más que una imagen virtual o ideal como las fotos de imágenes que cuelgan en nuestras paredes institucionales, se torna en una estructura tipo roca sólida que no se transforma, pero que empieza a agrietarse. Con el pasar del tiempo los cimientos sólidos de la institución empiezan hacerse gaseosos. Es el punto de las inevitables rup-

turas. Aquí emerge la otra narrativa de gesta, aquella donde la marginalidad territorial quiere constituirse en un nuevo centro. Es curioso porque muchos de estos movimientos tienen que ver con búsquedas que abrazan una especie de nuevo fundamento, de nuevo testamento. Hay algo que se quiere refundar o reencontrar. Lo curioso es que en muchas ocasiones rompiendo con las imágenes del viejo continente las reformas vuelven a las tradiciones del más allá de nuestro espacio continente. De herencias españolas, pasamos a herencias británicas y galas. Podría decir que con el Psicoanálisis pasó algo similar, la lengua alemana poco a poco fue sustituida por esa conjunción de lenguas franco-inglesas.

Las rupturas están por doquier en la historia del psicoanálisis. No creo que sea un asunto que acontezca tan solo en nuestro continente y tampoco propias de nuestra disciplina. Pero si el linaje que busca afiliarnos a unos padres originarios da una marca en el relato de nuestra historia, creo que la lucha fratricida recorre nuestro continente. Estas rivalidades toman muchas formas: desde la forma fratricida Caín-Abel, donde la eliminación del rival fruto del narcisismo y la envidia es el motor, hasta las reparticiones de territorio estilo hijos de Noé (Sem-Cam-Jafet).

En este punto de la historia que estoy intentando plantear pasamos de la asociación a la disociación. Es la ruptura de Plataforma/Documento de los años 70 en Argentina, que acontece de formas similares en diversos espacios y tiempos en otros países del continente. La común-unidad se empieza a deshacer no solo en dos, sino en múltiples y fraccionadas organizaciones

Pero no todas las historias de rupturas pasan por el fratricidio. Desde hace algunos párrafos vengo planteando que la identidad generó exclusión desde el principio de la constitución del psicoanálisis en Latinoamérica dejando como consecuencia un espacio marginal donde algunas personas configuraron asociaciones con un cierto carácter de ilegitimidad. Siguiendo con la idea del linaje, en algún momento ese hijo ilegítimo va a demandar un reconocimiento.

La historia más ejemplar y más bella, la encuentro en el norte de nuestro continente. Un grupo de colegas con nombres muy especiales: Vidalina, Felisa, Dolores, Frida, Beatriz y Rebeca, luchan por un reconocimiento identitario que les fue vedado. Veto que proviene de una estructura patrilínea, masculina y médica, que las deja por fuera al ser mujeres y psicólogas. Mientras la gran Asociación Argentina iniciaba su partenogénesis a finales de los 60 y principios de los 70, este grupo de mujeres (a las cuales llamaban peyorativamente Amazonas, amantes de Freud, mujeres fálicas) empezaban un largo trámite que derivaría en una lucha por ser reconocidas, proceso que culminarían casi treinta años después y que como ellas enuncian las llevaría a un trabajo de metamorfosis y evolución que no cesa.

II. De la alteridad a la mismidad

Esta cosa de llamarse nuevo mundo y llamar a Europa el viejo mundo, deja siempre la precedencia institucional y el empoderamiento de nuestra diversidad en ese espacio continente. Algo en todo esto podría asociarse a la palabra “colonialismo”. Nuestro reconocimiento latinoamericano se funda en las ideas de un alter-europeo, heredamos sus guerras que se hacen evidentes en la nominación de dos Américas con lenguas diversas. Heredamos de Europa sus ideas reformistas y contrarreformistas que viajaron con las imposiciones de poder y el sometimiento institucional por un lado y con las traducciones de textos prohibidos, revolucionarios, que poco a poco se fueron viralizando con las luchas independentistas. Heredamos sus credos y sus anatemas.

Aprendimos a reconocernos a partir de lo ex, ya sea en su forma de extranjero o de exiliado que viaja y retorna. Nuestro territorio, tal vez por esa nominación de Nuevo Mundo que enmascaró la masacre genocida de la conquista española, se abrió a la migración. No solo lo íbero nos pobló con sus estructuras católicas y sus conflictos imperiales, poco a poco fueron llegando los migrantes árabes ávidos de

nuevos territorios comerciales, los esclavos afros que fundaron *ghettos* en los cuales reconstruir sus sonidos y sabores, los extranjeros que escapaban de la ilegalidad europea buscando una legalidad en una tierra donde su nombre no tuviera reconocimiento.

Nos constituimos desde el otro. Nos miramos en el espejo del viejo continente. Antes de observar nuestro cuerpo miramos el cuerpo de la llamada tierra madre. Esta idea de lo foráneo que nos constituye me suscita como imagen al personaje de Melquíades en la novela de García Márquez, *Cien años de Soledad*. Macondo como metáfora de ese nuevo mundo tiene un par de líneas iniciáticas que estaría bien recordarlas:

El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo.

Fruto de esta naciente forma de habitar un mundo por un puñado de españoles que desalojó los antiguos territorios de los dioses y lenguas originales, los primeros cuerpos que emergieron en este mestizaje amerindio necesitaron inventar o buscar un lenguaje para nombrar y nombrarse.

Posiblemente por ello busquemos, en los mismos foráneos que nos desalojaron, una apuesta reparatoria. El viejo territorio desalojado de sus primeros habitantes aborígenes, ahora encuentra en las palabras y las significaciones europeas que se importan una nueva forma de alojamiento, ya sea como libre elección, ya sea como imposición.

Ese personaje al que me refiero de la novela de García Márquez es la imagen del trashumante:

Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia.

A la manera de Melquíades, un viajero trae un mensaje de otro lado, dejando una inquietud en forma de ilusión. En un principio el viajero sin origen trae una novedad llamada imán, frente a la cual el personaje Adánico de la novela llamado José Arcadio Buendía pretendió sacar oro de las entrañas de la tierra. Vana ilusión que la realidad se encargó de desarticular:

José Arcadio Buendía, cuya desafortunada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aún más allá del milagro y la magia, pensó que era posible servirse de aquella invención inútil para desentrañar el oro de la tierra.

Pero la ilusión no se desarticula así de fácil, el gitano retornaría para compensar al desafortunado iluso y consolarlo con un nuevo descubrimiento, esta vez el instrumento planteado por unos judíos de Ámsterdam. Melquíades traía un catalejo.

Nuestro territorio se convirtió desde finales del cuatrocientos en un espacio que pudo dar contención a las líneas de fuga que se generaban en el viejo continente. Muchos de los foráneos que nos habitaron eran prófugos. Pero ya no me refiero a los conquistadores o colonizadores, pienso ahora en aquellos extranjeros, exiliados que llegaron fruto de la guerra civil española, o del éxodo generado por la primera y segunda guerra.

¿Qué traían entonces personajes como Marie Langer o Angel Garma que arribaron al Río de la Plata, o personajes como Avelino Gonzalez que desembarcaron en Veracruz prófugos de un territorio en el que no encontraron un espacio para sus ilusiones, sus ideas, sus luchas? ¿No portaban ellos un catalejo para poder ver otras lejanas honduras?

Si parodiara a Melquíades en la novela de García Márquez, esta vez diría que aquellos gitanos portaban un instrumento inventado por unos judíos de Viena, trajeron una mezcla de imán y catalejo para atraer y poder observar las oscuridades remotas de nuestra humanidad.

Algo desde esta posición de nuevo mundo nos lleva a maravillarnos permanentemente con lo que viene de ese territorio que nos precede. Ahí creo que sigue estando la marca histórica, miramos al otro mundo intentando ver las últimas maravillas del mundo europeo, así Freud nos haya advertido en medio de la embarcación trasatlántica que esa maravilla que portaba era una especie de peste.

Siguiendo con el prefijo *ex* y con la novela de García Márquez, hay un segundo personaje en la historia de Macondo que llama mi atención. Me refiero al primer hijo de José Arcadio, que como buen primogénito de nuestras tierras debe portar el mismo nombre que el padre. Este José Arcadio II es una especie de hijo pródigo que emigra del territorio original tras el amor de una gitana y desaparece por un tiempo, para retornar hablando un español cruzado con la jerga de los marineros, afirmando en su dialecto maravillosas aventuras que le acontecieron navegado por los mares del mundo.

Son muchos los relatos de este continente que se configuran con esa forma, los que se fueron para volver, hablando un español con trazas de acentos en inglés o francés. Cuando enuncio esos relatos se me vienen los nombres de Cárcamo y Pichon-Rivière o el nombre de una mujer muy interesante en la historia del movimiento brasileiro, Virginia Bicudo.

Pero la historia que más llamó mi atención fue la narración de un personaje llamado Honorio Delgado, psiquiatra peruano, quien es responsable de dejar una pequeña escultura moche en la estantería de arte de Freud, como dice Eduardo Gastelumendi esa cerámica hoy en día “observa con sus extáticos ojos a los visitantes como antes miró a Freud”.

Recalco esta historia porque es el primer relato de cómo algo de nuestro territorio, ocupado y colonizado, hace efecto inverso. Nuestro mirar empieza a habitar el espacio continente. Años después, un artista mejicano llamado Santiago Borja, le pidió a unos indígenas huicholes que tejieran sueños y llevó esos tejidos a cubrir el diván de Freud.

En el entrecurso entre esas dos historias (la de Honorio Delgado y la de Borja) transcurren casi cien años, para seguir con la metáfora literaria. En el curso de esos cien años de sometimiento y alienación hay un momento en el cual el ser marcado y tatuado de nuestro continente, empieza a dejar su huella, el efecto deviene causa, el marcado reconoce su identidad-diversa.

III. Lo nuestro

Habría una pretensión que desde Latinoamérica digamos algo diferente, hecho contradictorio cuando la mayor parte del tiempo hemos sido seguidores e imitadores de nuestros colonos, cuando por siglos ocupamos una posición altero-especular en relación a los centros racionales ubicados en otras latitudes.

Llegamos tarde a la modernidad, la cual con su discurso de progreso y desarrollo, nos ha puesto al final de la fila o nos ha ubicado en un linaje donde somos vistos como vástagos y no como creadores.

En un texto denominado Herramientas de la Palabra (Orduz.2015) planteaba que desde Latinoamérica hemos venido transcribiendo un pensamiento psicoanalítico que emerge en el centro y oeste de Europa. Como los amanuenses del siglo X y XI vamos escribiendo o dibujando en los márgenes, los comentarios o aclaraciones que nos suscitan los códigos que vamos traduciendo o imitando. Como si nuestro pensar fuera emergiendo de glosar la palabra oficial. Siguiendo con la metáfora de los copistas, muchos de ellos hacían llamativa la labor escritural a partir de las anotaciones e ilustraciones al margen del texto.

Etimológicamente la palabra texto es de origen latino y significa tejer o enlazar. Algo de lo que hacemos a la manera de los amanuenses nos ha llevado a construir un pensamiento que pasa por formas diversas de hacer mestizaje, hibridaciones, entrecruzamientos.

Alguna vez hacia finales del siglo XX oí de alguien la historia de un pintor llamado Wilfredo Lam. Pintor nacido en Cuba, hijo de un

migrante chino y una mujer cubana mezcla afrohispana. Migra a Europa fascinado por la pintura de Matisse y Picasso, para terminar luchando por las causas republicanas en España. Allá en el viejo continente descubre el arte primitivo africano que curiosamente deriva con un retorno al nuevo continente al lado de Frida y Diego Rivera, menciono estos inicios de su vida a los cuales siguieron un periplo impenitente por diversos territorios y por diversas perspectivas plásticas y teóricas que fueron configurando un estilo particular.

Traigo esta historia porque veo en ella la emergencia o característica de nuestro pensamiento latinoamericano. De alguna forma lo he venido exponiendo con el curso de la narración. Somos una especie de conjunción de seres que arribaron y se cruzaron con lo que había aquí, a la manera en la que Hernán Cortes se *entrepierizó* con la Malinche. Más acá en la historia, en épocas de las nacientes repúblicas latinoamericanas, podría pensar que somos a la manera de Juan Dahlmann (personaje del cuento de Borges) cruce de pastor evangélico alemán y criollo soldado de infantería. Aún más acá, en los albores de nuestra modernidad latina, podría pensar en el cruce de tiempos (o en el cruce de vida y muerte) entre el otoñal Martín Santomé y la juvenil Laura Avellaneda.

¿Cuántas tramas diversas no hemos tejido en el curso de este siglo al interior de nuestra disciplina?

Pienso en una primera hibridación que pasa por el cruce de nuestras lecturas y nuestras migraciones: kleinianos que leyeron con posterioridad a Lacan, freudianos ortodoxos (¿qué significará eso?) que encontraron en Winnicott una alternativa creativa, colegas que venían de Norteamérica y enfrentaron su visión psiquiátrica funcional con el estructuralismo de los llegados de Francia.

Otro cruzamiento que observo en la trama de la realidad política también se entreveró en la privacidad de nuestros consultorios. Una violencia externa penetró nuestro estable establecimiento mutando nuestro continente de migrantes a un espacio generador de exilios y desplazamientos. El malestar social y la ausencia de porvenir de nuestras ilusiones tejieron un entramado donde los discursos de

nuestras asociaciones comenzaron a cuestionar las travesías de la vida de los sujetos más allá del placer y seguridad de nuestro continente íntimo.

Es aquí donde ubico la ruptura central que llevé, no solo a cuestionar nuestro entorno social, sino la forma en cómo nuestra institucionalidad había venido operando. El hito central en América Latina sería la ruptura que plantearon los movimientos Plataforma y Documento a inicios de los años 70. La línea de la adoración totémica se encontró con el acto parricida. De alguna manera nuestro ser latino está más cerca de Edipo que de Layo.

La institución de nuestros gestores entró en cuestión y emergió la eclosión de diversas escuelas. Nos trenzamos literalmente entre un culto a la tradición que busca una identidad férrea en lo que nos antecede, una tendencia reformista cuyo fin es buscar transformaciones que se adapten a lo contemporáneo y otra tendencia que se ubica (o desubica) como movimientos dispersos y marginales (en relación a nuestro centro) que buscaron otras formas de habitar el campo psicoanalítico.

En ese trenzamiento, entre cruces y confrontaciones, fue emergiendo algo de lo propio que ha ido dando un carácter a nuestro pensamiento y a nuestras formas organizativas. Ejemplo de ello es que en nuestro continente tenemos un modelo de formación (el uruguayo) que compite con los otros dos oficializados en Europa. Igualmente producimos dos revistas (me refiero a la Revista de Fepal, Calibán y a una revista de la Sociedad de San Pablo llamada Ide) que operan como alternativa a la producción editorial estandarizada de otros continentes. También estamos hoy en día a la vanguardia de la virtualidad para uso y promoción de la literatura analítica que acumula y transmite la BiViPSI*.

En cada ruptura, con cada exclusión o exilio, se va configurando una reelaboración de procesos simbólicos que, incluso en el retorno

* Biblioteca Virtual de Psicoanálisis: www.bivipsi.org

a las fuentes tradicionales, plantea racionalidades alternativas y/o diversas.

Resumen: El objetivo del texto es indagar sobre una identidad en torno al pensamiento psicoanalítico en América Latina. De forma inicial se busca cuestionar la idea de una identidad unitaria que legitima y dogmatiza pensamientos para proponer que nuestro territorio es el encuentro de formas diversas de pensar. Ideas que van tejiendo diversos discursos y teorías a la manera en cómo se fue construyendo el mestizaje en nuestra historia colonial. Esa fusión de razas (indígena, negra, española) sirve de modelo para pensar que de la misma forma trenzamos pensamientos psicoanalíticos freudianos con los de escuelas posteriores como la inglesa, la francesa, la norteamericana. Ahí, en ese cruce de pensamientos, está el germen de nuestra originalidad.

Palabras Claves: Identidad, Alteridad, Pensamiento, Cambio, Psicoanálisis

Psychoanalysis from Latin America

Abstract: The paper's aim is investigate about identity around psychoanalytic thinking in Latin America. Initially the text seeks to criticize the idea of a unitary identity. This idea legitimates and dogmatizes thoughts to propose that our territory is the meeting of different ways of representation. Thoughts that are weaving diverse discourses and theories in the way in which the miscegenation was built in our colonial history. This fusion of races (indigenous, black, Spanish) serves as a model to think that in the same way we braid Freudian psychoanalytic thoughts with those of later schools such as English, French and North American. There, in that intersection of thoughts, is the germ of our originality.

Key words: Identity, Otherness, Thought, Change, Psychoanalysis

Psychanalyse d'Amérique latine

Résumé: L'objectif du texte est d'étudier une identité autour de la pensée psychanalytique en Amérique latine. Dans un premier temps on cherche à questionner

l'idée d'une identité unitaire qui légitime et dogmatize les pensées pour proposer que notre territoire soit la rencontre de différentes façons de penser. Des idées qui mêlent divers discours et théories à la manière dont le métissage s'est construit dans notre histoire coloniale. Cette fusion de races (indigènes, noires, espagnoles) sert comme modèle pour penser que de la même manière nous tressons les pensées psychanalytiques freudiennes avec celles des écoles plus tardives comme la anglais, la français, et la nord-américain. Dans cette intersection de pensée, est le germe de notre originalité.

Mots Clés: Identité, Alterité, Pensé, Changement, Psychanalyse.

Fernando Orduz: Psicoanalista. Miembro Titular, Sociedad Colombiana de Psicoanálisis. Expresidente Fepal (2014-2016). Master en Comunicación y Cultura. Docente. Universidad Javeriana.

Referencias

- Benedetti, M. (1985). *La Tregua*. Editorial Sudamericana
- Borges, J. L. (1993). El sur en *Artificios*. Alianza Emecé Editores
- García Márquez, G. (1968) *Cien años de Soledad*. Ed. Sudamericana.
- Khouri, M. (2016). *Una Cartografía psicoanalítica*. Fepal.
- Orduz F. (2015). Ferramentas da Palavra. Conferencia en el Museo Mar. Rio de Janeiro.
- Reynoso, M. (comp.). (2012). *Historia del Psicoanálisis en México, Pasado, Presente y Futuro*. Unam.

